

Aurora Venturini

NOSOTROS, LOS CASERTA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

AURORA VENTURINI
NOSOTROS, LOS CASERTA

En la sala de espera de una clínica platense volví a ver la cabeza de Luis, cachado capitel, siniestramente puesto entre los hombros de su segunda esposa. Ahora sé que lo perdí para siempre y por toda la eternidad entiendo que jamás sentiré su contacto, tan dulce y tan mío entonces, porque su segundo matrimonio debió de ser una feliz unión, y por eso ella pudo salvar su cabeza de la muerte, salvar la expresión del único humano que amé como pareja normal. Porque también he amado apasionadamente a mi tía abuela.

Durante largas noches invernales me abrigaba a mí misma abrazándome. Imaginaba el amoroso reencontro en la penumbra lila azul, tonalidad en la que se mueven los fieles difuntos. Ahora sé que la está esperando sólo a ella tal vez para que le devuelva su cabeza. Mi mamá opinaba que los matrimonios muy unidos y armónicos, en la vejez, parecen hermanos. No fue su caso, porque mi mamá tenía cierta semejanza con el señor Roux. Pero esta es otra historia.

Ante la viuda de Luis, a pesar de que nada ni nadie puede rasgarme, quebrarme o mutilarme, porque todo eso ya me ocurrió, experimento espantosa sensación de terror. Y la amenaza de un desarraigo total, final y horrendo me abate hasta derramar ríos de llanto en la Laguna Estigia luego de dar las consabidas siete vueltas alrededor del Infierno para caer en el desván del más allá. Y envidio a esa mujer. Envidio su viudez. Qué no daría por ser la viuda de Luis, yo, que nunca fui nada de nadie.

Golpes y porrazos me han convertido en un remedo de mi tía abuela, y acaso la enanita me esté esperando parada a la puerta del misterioso arcano haciendo señas para que entremos juntas. Subo a mi desván renqueando. El asqueroso bicho en que me he convertido revisa un antañoso arcón de papeles y fotografías, de informes de maestra y psicóloga, solicitados por mi padre, preocupado por develar el porqué del monstruo que había engendrado, para sacar en conclusión si fue su culpa o la consecuencia de alguna herencia morbosa por línea materna.

Puedo entrar y hasta perderme en el cofre, junto con mi alma de anciana-enana-prustiana, que solo a esto llegué después de todo.

Está de más, pero repito que soy una mujer metida en un cofre de cartas, fotos, informes, tarjetas y papeles amarillos. Salta de ahí una niñita vestida de organdí: mi foto de los cuatro años cronológicos.

También salta «La alegoría de la melancolía» de Durero. Estuvo en un marco del cual la saqué para guardarla en el cofre.

Luego describiré a la niñita vestida de organdí, pero antes lo haré con mi actual foto anímica, porque soy «La alegoría de la melancolía» de Alberto Durero, y mi recinto es el mismo entorno del personaje.

En mi desván de la casa quinta están todos los objetos del exilio, rodeándome, mientras apoyo mi cabeza ardiente y palúdica en mi mano izquierda, en la derecha sostengo un compás de inútil espera. Están aquí la escalera que a nada conduce, el amorcillo detenido en la oxidada rueda, rota la campana, los relojes sin música, desequilibrada la balanza, el perro famélico. Solo faltan los signos que Durero agregó al grabado y que son de esperanza, la estrella del fondo, y ese sello de dieciséis números que suman treinta y cuatro en cualquier dirección, asegurando fasta solución a cualquier problema.

La niñita.

Sostiene un canastito de mimbre con rosas de papel. Esa nena es la difunta de mí, el duende del huracán hemisferio de mis penas futuras, que mete la mano y hasta el bracito en arcones de otoño y de inevitable invernada.

Había comenzado mi temporada en el Infierno cuatro años antes de esta fotografía: el día en que

nací. Nena testigo, gusano en su capullo deshilándose y volviendo a encapullar para que el pergenio pueda latir, salir y proyectarse, a veces apacible, otras compulsivo, siempre audaz.

Miro la foto y puedo ver a mi madre el día que me llevó a que la tomaran.

Era un atardecer caliente de verano y llovía. Desapacible cielo entoldaba la ciudad de gris chapa, cinc ácido, ceniciento. Transpirábamos las dos, las frentes perladas de sudor molesto, cuando nos sentamos en la banqueta de cuero verde del coche tirado por un caballo oscuro. Miro los zapatitos, en la foto, rojos con presilla. Se mojaron y quise secarlos con mi pañuelito fino y mamá me dio un coscorrón. Veo la cadenita de oro con el medallón de camafeo alpino que se enredó en la carterita de hilo de plata. Di un tirón y mamá volvió a pegarme.

Siento la tersura del cuero verde de la banqueta, el trac-trac de los cascos en el empedrado, los goterones infiltrados por alguna rasgadura de la capota, mi deseo ardiente de hablar con ella que se mantenía estática como caríátide en el Erecteo, el estornudo provocado por la gota continua sobre mi cabeza, imposible de esquivar porque mi mamá no me dejaba mover. Viene el estornudo. «Cataplasma... Usted se va a resfriar de nuevo».

El perfil clásico de mi madre, esbozado por la perfección de su frente y barbilla, corrompiase en

un violento respingo nasal, tendría unos veinticinco años, pero yo me preguntaba cómo habría sido en su juventud.

En realidad, ella fue joven una sola vez en la vida, y yo agosté de un golpe esa novedad. Cuando fruncía el ceño, las arrugas rielaban la llanura, rieles por donde corría el tren de preocupaciones, donde viajaba yo, causa de que los surcos denigraran hora por hora su belleza hasta espantarla como una mariposa de alfalfar castigado por el pampero.

Su adorada era Lula, su hija menor. La rubia gordita, dulce beba a quien protegió toda la vida, a quien maltraté cuanto pude. Y mi madre cantaba para su muñeca de tersa carnadura, María Salomé, Lulita; hasta esos nombres me robaron, encasquetándome a modo de chambergo ridículo, María Micaela, que supo en mi edad elemental a gusto ácido. Primogénita, debí lucir los nombres de mi madre que ella retuvo para regalárselos a la segundona. Para colmo de mis males, yo no era bonita.

...Soy rebelde y mamá me pega, pero yo le doy más fuerte sin levantar un solo dedito. El pimpollo en los brazos protectores, y yo inventando enfermedades para caber en un marco del que ya me habían exiliado.

Igual simulaba; o acaso eran dolores del alma que se traducen en mentirosas quejas: «Me duele la cabeza» o «Tengo fríos los pies».

Todo ello sin éxito; mamá bruja intuitiva descubriría el embuste, y una maldita y nerviosa carcajada, que aún en ocasiones difíciles me ataca, sacudía mi cuerpo, como si riera con la garganta de diez mujeres.

Vuelvo a la foto, viajo en aquel coche. Descendemos y ya en la sala del fotógrafo me ubican junto a una mesita sobre la que está la canasta. «Haga como que toma una flor», indica el hombre, suplica: «Sonría». Nada consigue. Mi brazo pende a lo largo del cuerpo como ramita de sauce llorón y la sonrisa no me es posible. Máscara de tragedia, hago un rictus y dibujo un puchero. Los ojos de mi madre tienen un brillo espantoso cuando asegura que la foto será un fracaso.

El fotógrafo, amable, arregla un plieguecito de mi vestido y dice: «Mire nenita, ya sale el pajarito». Me tiento y sale la risotada; la escena me resulta estúpida.

Mi madre amenaza: «Cuando volvamos a casa se lo contaré a su padre». Resignada, dice al hombre: «Haga lo que pueda con esta cataplasma».

Mamá sabe que nunca podrá dominarme, sabe que sin decir una sola palabra considero el acto de la fotografía una bobada, que leo y escribo a pesar de mi corta edad, que voy leyendo carteles y números por la calle desde los tres años, sin necesidad de maestros; que a ellos, los mayores, los encasillo de acuerdo a mi parecer, me burlo, los detesto. Sabe que estoy en un nivel muy superior a todos los

chicos de mi edad, que ha engendrado su desgracia y la de su hija predilecta. Me teme y yo lo sé.

Ya no llovía cuando dejamos la sala oscura. Caía a raudales el oro del sol recalentando las flores disciplinadas de la plaza San Martín, los tilos, las magnolias.

Redora ese sol la seda del vestido de mi madre que es castaño con motitas pintadas, plisado en la pollera. Marrones son sus botines de tacón empinado, y empinada arriba, la capelina italiana, que no opaca la tez mate de criolla distinguida. Lleva una cartera suave, de ante, suave como la piel de Lula. Lo feo, lo único feo es lo que arrastra, Chela, María Micaela Stradolini su primogénita flaca y morena, puro ojos.

En las confiterías, los chicos libres bebían y sorbían cremas heladas, cucuruchos de chocolate, de frutas rojas y rosadas. Nadie los vigilaba, y ellos, en los mostradores, se afirmaban como enanos de arbitrio propio, mientras yo colgaba de la mano materna como un títere furioso. Hubiera dado el alma por un helado sorbido en libertad, pero ella entró en la confitería La Perla a tomar su té con masitas. Odio el té con masas.

Desde la vereda, como gorjeo, oigo la algarabía dichosa de los emancipados. En los copos policolores quedó presa mi imaginación mientras el mozo servía lo ordenado sobre el mantel, donde yo leía, estampado, el nombre de la confitería.

Después, leía las etiquetas de los frascos, de las cajas de los estantes, las marcas de los productos dulces. Mi madre enardecía de ira.

Tetera y jarra de metal humearon, las masas en el platillo azucaraban y almibaraban el ambiente.

Haciéndome la estúpida seguía leyendo rótulos, forma de demostrar rechazo al convite. Ella leyó mi pensamiento: «Los helados empeoran su bronquitis».

Mis bronquios parecían motores en arranque, pero un helado, qué mal podía ocasionar a un mal ya crónico. Mamá sirvió: «Vamos, coma».

Ella sorbía la delicia de los ingleses que siempre me pareció sosa.

En el agua sólida del brillante de su anular navegaron mis ojos de gaviota sola, en medio de un mar avaro y enemigo, aguas negras de mar adentro, las cuentas azabache de su collar de dos vueltas, de sus colgantes de oro.

Madre, ¿por qué no me quisiste un poco?

Señaló la tacita: «Se enfría su té».

Rendida fumarola ya no ascendía de la concavidad de la loza, vencida por mi tozudez. Hice dos buches como cuando higienizaba mis dientes y tragué el líquido repugnante. Ella comía las masitas de crema, las palmeras retorcidas y crocantes, mientras música de azúcar acaramelaba el aire, sonaja de mi infancia, «La violetera», reminiscencia de Charles Chaplin, y las tímidas flores danzaban con pier-

necillas entre azul y solferino, trepando a un cielo raso de fin de siglo, columnetas gráciles, barroquismo inocente, ingenuidad de capiteles redondos y rosaleda de miel.

1925, todavía edénico en la ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. Habíamos viajado desde nuestro campo aledaño solo para tomar la foto y mandarla a Italia a la tía Angelina, parienta paterna. Tiempos bellos a pesar de las amarguras que me causaban las gentes de la casa.

Debajo de la mesita bailaban mis piernas, tontas como las de Chaplin, desmañada danza, que de ser en público haría reír a los parroquianos, tanto como la que bailaba el desdichado Carlitos calzado con sus zapatones trágicos que le ayudaban a huir por los largos caminos después de hacer el ridículo ante la comparsa.

Yo sufría en el cinematógrafo viendo sus películas. Era una chica chaplinesca, burda y cómica. A los cuatro años decidí que el actor era mi hermano espiritual.

Todavía me duelen hoy los diálogos a fuerza de mímica, los sentimientos y lances amorosos expresados a pura pestaña escintilante y cejas heridas; la pena del bigotito como chocolatín adherido al labio superior, la aristocracia del bufo que mejor que Hamlet enseña el descarnado de la calavera. La familia comentaba mis largas extremidades de charabón,

los pies grandotes que me pesaban tanto como a Chaplin deberían pesarle sus zapatones.

Mamá seguía imperturbable —toda bronca adentro— observando mi falta de apetito y mi glotonería de uñas. «Cochina... Eso sí le gusta... Le voy a poner caca en las uñas así le gustarán más». Sabía disimular. Unos señores la piropearon: «Qué muñeca». Ella se ruborizó apenitas. Los tipos habrán pensado que «muñeca» me diría: «Coma hijita, están riquísimas las masas de crema».

Y empezó a enguantarse. Manos de concertista de piano fracasada por casarse antes que su hermana menor; siempre quiso ganar. Perdió siempre.

«Ya verá, ni bien llegemos le contaré a su padre los papelones que me ha hecho hacer durante toda la tarde».

¿Qué papelones?

Tentación de risa en la sala del fotógrafo donde me quedé dura como un sable y juzgué estúpida la promesa del famoso pajarito, leer y releer cosas escritas que para eso eran, naturalmente.

Mamá pronto engordaría. Su embarazo acabaría con los vestidos ajustados como fundas, las polleras entubadas, plisadas, los empinamientos en tacones Luis XV.

Yo ya sabía de dónde salían los chicos, y lo demás, aunque no con lujo de detalles, lo deducía razonando. Mi madre creía llevar a su lado un monstruo.

«Chela es una peste», mis dos abuelas están de acuerdo en eso por lo menos.

Discuten:

–Lula es bonita como la madre.

–No, sale a los Stradolini.

Se disputan, las viejas, una belleza normal, una beba armoniosa y dócil.

Mis apodos: «Tero y narigona».

Yo les grito: «Viejas de mierda».

Deseo que mi futuro hermano sea horrible. Tal vez fuera una hermana. No. Sé que es un varón horrible.

«Lula no da trabajo, come como una señorita».

Y no dicen nada de mí y es peor que si gritaran odiosa, rebelde, apestosa.

Pasan por alto cualquier calificativo y la indiferencia me duele como si no hubiera nacido. Hasta la quinta, dos horas de viaje en coche, y el miedo: «Le contaré a su padre».

A Lula le he puesto hormigas en los pañales, mamá atribuyó la invasión a un descuido de la muchacha. Le he puesto figuras de animales feos sobre su tul del mosquitero: reptiles, hipopótamos, manadas de seres antediluvianos, de las hojas brillantes y coloreadas de *Caras y Caretas*. Lloro cuando la pellizco, o aguanta la picadura de avispa simulando dormir. La odio. Le llevo dos años a mi hermana y estoy elaborando obstinadamente otra enemiga.